

Intelectual.

CUENTO

¿Quién hubiera podido vencer á Teodorina en lo tocante á sutileza de concepto y á filigrana de expresión? ¿Quién como ella para desenvolver y sublimar la idea, para destrenzar los matices del concepto y enmarañar en red de quintaesenciadas inducciones el más imperceptible latido del corazón? Hubiérasele venido á las mientes el convocar, nueva Insauro, sutiles Cortes de amor, y á buen seguro que no le habrían faltado, de entre el nutrido grupo de sus entusiastas admiradores, mantenedores hábiles y entendidos en la enrevesada ciencia de la disección de la idea y el retorcimiento de la frase.

Porque, aprovechando ella la extraña libertad que le fué para la vida otorgada, merced á su condición de hija sin madre, de padre sabihondo, y fuera, en sus pensamientos y proceder de todo humano convencional carril, había reunido en torno de su personilla un tanto desmedrada, pero seductora por razones de armónica desarmonía entre miembros, facciones, reflejos de espíritu y brochazos de voluntad, numerosa pléyade masculina reclutada entre lo más brillante y exquisito que el plantel *intelectual* de la gran república á la sazón podía ofrecer.

Y rodeada por la entusiasta legión de soñadores á la moderna —soñadores que sueñan el pensar, porque han olvidado cómo se sueña el sentir,—marchaba con ellos por ideales caminos, sin principios ni límites, sin piedras

miliarias y sin cunetas. sin ventanillas ni posadas en la orilla; caminos que conducían, sombreados por árboles en constante otoño, á opalinas puestas de sol...

Parecían hechos sus grandes ojos negros para reflejar todas las pasiones, y sus finos y pálidos labios para reírse de todas ellas... Era pálida, era delgada y delicadísima; su inquieto espíritu parecía agitarse descontento en la cárcel del cuerpo.. y en sus melancolías su carne escasa parecía abrumarla con peso insostenible... ¿Quién se hubiera atrevido á hablarla de amor?

—Amaré—decía. Y su boca enigmática formulaba el programa de su futura pasión. Era todo él como ténue mordisqueo de la vida, como libar de mariposas sobre flor de romero... No, aquel cuerpecillo no estaba hecho para resistir los brutales latigazos de la pasión carnal.—Pasaría sobre las exigencias sensuales deprisa, muy deprisa, con los ojos cerrados, mirando hacia arriba: sus bodas serían bodas de espíritu. ¿Y dónde hallar espíritu masculino capaz de recorrer sin extravío los laberintos de aquella femenil sutileza?

Tal pregunta formulaba entre suspiros gran porción del grupo de intelectuales amigos de Teodorina, y todos la declaraban, entre afligidos y satisfechos, condenada por su propia elevación á soledad perpetua.

Aquella noche brillaban en los ojos negros inusitados fulgo-

res y corrían en los pálidos labios relámpagos fugaces... cualquiera hubiese dicho de malicia. A la hora de la despedida, Teodorina, irguiéndose en medio de su corte, le dió la gran noticia.

—«Me caso.»—Sensación fulminante. La legión de honor pide con insistencia el nombre del elegido. Los relámpagos fugaces y maliciosos acentúanse en los ojos y en la boca de la doncella, trocándose en tempestad deshecha. —«Enrique Spinael»—dice, inclinando la pensadora frente y velando sus párpados la profunda mirada... Tu multo indescriptible. Veinte voces de otros tantos intelectuales se hacen oír.

—¡Spinael!

—¡El banquero alemán!

—¡Feo!

—¡Imbécil!—grita con acento airado el más joven de los cortesanos, tanto tiempo enamorado de Teodorina y callado otro tanto por temor y respeto á su infame espíritu. ¿Habrà alguien que sepa si el apóstrofe del pusilánime admirador fué lanzado contra el banquero ó contra su propio individuo?

—¡Pero ese hombre no piensa, no ha pensado nunca!

—¡Es un asno de oro!

Teodorina domina el tumulto con su actitud de estatua. Después—¡quién lo dijera!—con vocécilla, á fuerza de sarcasmo, canallesca:

—¡Amigos!—exclamó.—La Idea es hermosa; pero la pobre-cita, anémica por exceso de civilización, necesita trufas para vivir, champagne para chispear, encajes para cubrir sus enflaquecidas desnudeces. Las trufas, el

champagne y los encajes cuestan caros. ¡Compadecedme, amigos, me sacrifico por la Idea!

Iban en silencio: todos cabizbajos, todos tristes, ellos creían que por el rebajamiento de su ideal. Los ojazos de Teodorina veían más allá que ellos mismos, y se reían.

¿Estaba sola? No. Silvio Neri, el gran señor, se le acercó, no entristecido como los otros. La sonrisa galante iba en sus labios. Inclinóse ante ella, besóle la mano, y dijo, al erguirse de nuevo, con majestad irónica:

—¡Salve, mujer!

... Tres años... Teodorina vuelve de su largo viaje á través de Europa y preside nuevamente aquella antigua corte de soñadores, que ha acudido presurosa á su primer llamamiento. Pero Teodorina no es la misma. Ya no es su rostro pálido, ya no es su cuerpecillo desmedrado. Las riquezas del alemán banquero han hecho milagros, y el gran espíritu vive en palacio suntuoso de carne sonrosada.

Después de la primera sesión, los intelectuales se comunican en voz un tanto lánguida sus observaciones.

Temen que aquellos piececillos, sostén ahora de tan soberbio edificio, no sean tan aptos como en tiempos pasados para marchar por carreteras ideales, sin cunetas ni posadas, á caza de opalinas puestas de sol.

Más que al concepto sutil, incitan al beso los labios de la viuda, y los dientes menudos que muestra su sonrisa, no parecen dispuestos á conformarse con suaves mordisqueos en hojillas

de menta; los pliegues del vestido se acogollan, huyen á grandes pasos de la actitud hierática.

—¡Es triste!

—¡Triste!

—¡Triste!...

La afligida cohorte lo repite en coro.

Silvio Neri levanta en un momento de silencio su voz sonora y entre dos sonrisas galantes:

—Amigos — dice, — hipocresía aparte, ¿habrá alguno de nosotros dispuesto á guardar rencor al bueno de Spinael por la soberbia transformación que han lle-

vado á cabo sus millones? ¡Por mi parte, voto para su estatua el laurel de los héroes!

Y todos aplaudieron sonriendo. Al cabo, aunque intelectuales, eran buenos muchachos...

Y aquel jovencillo que tres años antes había lanzado un «¡imbécil!» no se sabe á quién destinado, un mes después del día del regreso, repetía confidencialmente al oído de Silvio, que sonreía como riempre:

—Decididamente, estoy por la idea accesible.

G. Martínez Sierra.

En el templo de Hércules.

Ante el altar, ciñendo guerreras armaduras,
ensayan sus combates valientes gladiadores:
atléticos sicambros de bélicos furores
y jónicos efebos de tersas curvaturas.

Alumbran los contornos de plintos y esculturas,
las lívidas antorchas con turbios resplandores;
barbotan los que vencen rugidos y clamores,
y fingen los vencidos nerviosas crispaturas.

Arriba, en la penumbra, desnuda y esplendente,
la hermosa hija de Octavio contempla atentamente
la lucha, conteniendo de su lujuria el grito.

Se oprime el pecho... ¡á todos con sed de amor desea!
y mientras, como leona celosa, espumagea,
la ciñe por los flancos su nubio favorito.

Salvador González Anaya.

El Cristo ruso.

Acabo de leer *La esclavitud moderna*, edición española de la Casa Maucci, de Barcelona. Este libro de amor y de paz ha llevado á mi ánimo el convencimiento de que Tolstoi, su autor, es una especie de cristo de los modernos tiempos. Y si se me apura un poco diré que es el mismo Cristo en persona. Para los que aceptamos la teoría de la reencarnación afirmar tal cosa ni es disparatado ni ilógico. Cristo ha podido reencarnar y al volver de nuevo entre los hombres, adoptar el nombre de Tolstoi.

Estudiad si no su obra y os convenceréis. En toda ella palpita el alma generosa y levantada del socialista de Judea. Libertar á los hombres, redimirlos; hé ahí su misión. Y el cristo moderno, lo mismo que el antiguo, pretende realizar tan gigantesca empresa por medio del amor. «Amáos los unos á los otros»—dijo el antiguo. «Condenemos toda violencia»—dice el moderno.

¡Ah! Yo temo que fracase otra vez el nuevo Cristo en su obra de redención.

Un cuerpo enfermo no podrá jamás curarse por la persuasión ó por el amor. Para que sane necesitase del revulsivo violento, del bisturí implacable que corte sin piedad lo podrido. Y luego que se seccione, que se extirpe todo lo que sea necesario extirpar y seccionar, luego que el cuerpo recobre su salud y con ella su vigor y su fuerza, entonces podremos hablar del amor; que el amor huye de las enfermedades como las mariposas de las sombras.

Pero no opina así el cristo ruso. Tolstoi cree con la fe de un convencido, que los males sociales pueden curarse fácilmente por un sencillo esfuerzo de los hombres, sin que este esfuerzo signifique ni en poco ni en mucho violencia. Y esa es en suma la tesis de *La esclavitud moderna*, ese libro de paz y de amor que acabo de leer.

Para que los hombres se rediman de la esclavitud en que viven por consecuencia de nuestras leyes sobre la tierra, de los impuestos y de la propiedad, es preciso—según Tolstoi—ante todo, abolir esas funestas leyes causa fundamental de la esclavitud moderna, de la desdichada condición de los obreros. Y dice: «Las leyes son reglas establecidas por hombres que se apoyan en la violencia organizada, reglas que deben observarse bajo pena de golpes, de cárcel y hasta de muerte. No se podrá, pues, remediar la condición de la clase obrera, sino destruyendo la violencia organizada.»

En otra página compendia su pensamiento de esta suerte: «La esclavitud de los hombres es la consecuencia de las leyes; las leyes se establecieron por los gobiernos. Para libertar á los hombres, no hay más que un medio: la destrucción de los gobiernos.»

Cualquiera creería al leer esto, lógicamente pensando, que para

destruir á los gobiernos que representan la «violencia organizada» es necesario apelar á la violencia; porque lo violentamente conquistado y por la fuerza sostenido, sólo por la violencia ó por la fuerza podrá ser destruído ó recuperado.

Se engaña el que tal crea. Tolstoi pretende que para libertar á la humanidad no es preciso oponerse al mal y la violencia por el mal y la violencia, sino aguardar resignados á que el hombre comprenda la mentira en que se apoya el Estado y cese de colaborar en la obra de los gobiernos dejando de proporcionarles soldados y dinero. ¡Hermoso ensueño de redención y de justicia! Pero... ensueño al fin.

El Cristo moderno se equivoca como el antiguo. Aquel también aconsejó que no resistiésemos al mal que nos quisiesen hacer: «si alguien os ha pegado en la mejilla derecha, presentadle la otra.» Y llevamos diez y nueve siglos de opresión, de esclavitud y de vergüenzas, por hacer gala los hombres de tan santa y cristiana resignación. ¿Comprendéis la eficacia de tal teoría?

Hacer á los hombres resignados es hacer perdurable su esclavitud. Nada se ha conquistado jamás por la inmovilidad ó por la resignación. Desde los comienzos de la humanidad hasta nuestros días los hombres lo obtuvieron todo por la fuerza: imperios, propiedades, derechos, la poca libertad que tenemos; todo producto de la fuerza. Hasta la misma Naturaleza, pródiga siempre en grandes enseñanzas, ha mostrado al hombre el rayo y el trueno para indicarle que la violencia, que la fuerza es ley natural que debemos respetar y reconocer. ¿Cómo no utilizarla, pues, como factor principalísimo del progreso humano?

Aconsejar á los hombres prudencia, calma, nada de rebeldías ni de violencias, indicándoles que de esta suerte triunfarán en plazo no lejano contra el error y la injusticia humana, es lo mismo que aconsejar á una empresa constructora de caminos de hierro que no emplee la dinamita en horadar una montaña para dar paso á la triunfante locomotora, sino que aguarde á que la acción del tiempo, haga se destruya por sí misma la montaña facilitando de este modo el trabajo de los operarios constructores de la vía. ¡Hermoso sofisma digno de la brillante inventiva de los explotadores!

Y claro que siendo esto en síntesis alma de las doctrinas tolstonianas—doctrinas que Amilcare Chipriani ha calificado de buenas para ennuos—no es decir que el Cristo ruso sea un explotador, sino sencillamente eso. Un Cristo. Apóstol de la paz y del amor; espíritu bueno y generoso que ha debido retrasar un poco su venida al mundo para no entorpecer con su influencia el pronto advenimiento de la revolución que ha de redimirnos.

Sí, Tolstoi ha nacido antes de tiempo, antes de que se establezca la sociedad ideal del mañana de la que es ya futuro miembro. Como Víctor Hugo—según Zola—atraviesa una época sin verla; con la mirada fija en sus sueños. Y esto lejos de ser bueno es contraproducente. Está ya probado que los sueños ideales de los Cristos tie-

nen por consecuencia siglos de enervamiento, siglos de tiranía y de esclavitud.

Ved sino la pernicioso influencia del tolstoismo en todas partes; hasta los partidos llamados socialistas—esos partidos gubernamentales reaccionarios á la moderna—aceptan y predicán la lucha legal, la lucha de los impotentes, de los mansos... Por todas partes se propagan infamias como ésta que parece subvencionada por la burguesía:

«El triunfo lo obtendrán los obreros, resistiendo pasivamente, con las manos en los bolsillos las imposiciones del capital.»

Hé ahí las fatales consecuencias de las doctrinas del Cristo ruso.

Mientras que los obreros traten de emanciparse pacientes y resignados con las manos metidas en los bolsillos, no irán á ninguna parte.

Para que triunfen, pese á todos los Cristos habidos y por haber, es preciso que si meten las manos en los bolsillos sea para sacarlas armadas de revólvers ó de alguna otra arma de explosión formidable y redentora...

Esa y no otra ha de ser la forma en que se solucione el problema social.

Mientras nos conformemos con los consabidos manifiestos retóricos, esos manifiestos de circunspección y de orden que dan náuseas—como ha dicho recientemente *L' Aurore*—continuará triunfante el despotismo. El proletariado seguirá arrastrando la pesada cadena que le ata al capital. El hambre prolongará su reinado entre los humildes. Y la desigualdad, la injusticia y la tiranía, continuarán siendo norma de esta sociedad desquiciada y profundamente inmoral.

Hay que ser rebelde, hay que amar la revolución si amamos la libertad.

La única nota simpática de la leyenda bíblica es la rebelión de Satanás contra el Todopoderoso.

Los hombres que deseen ser libres imiten ese ejemplo. Rebélense contra todo...

Lo demás es... tolstoismo.

José Riquelme.

Letras austriacas.

ANIVERSARIO

Hermana toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí.
Hoy ha siete veranos que lo vimos:
recuerda... En tanto
que él hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros.

Después... un mismo día
nuestro novio perdimos. Hoy, hermana,
iremos á buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris...

Stefan George.

La verdad sobre la campaña de Cuba

Secretos.—Documentos autógrafos, negociaciones y misterios.—Datos históricos.

Los hechos y documentos que voy á hacer públicos á continuación, podrá ser útiles á los que se ocupan de la historia política de Cuba. Sólo tuvieron conocimiento de ellos muy escaso número de personas, pues su reserva se impuso por razón de los mismos acontecimientos. Ya es tiempo de que se conozcan y aprovechen, entre otros muchos, al hacer el juicio de los sucesos que se han desenvuelto últimamente.

Me hallaba en París, de tránsito, durante el invierno de 1895 á 96, y allí tuve la honra y el placer inolvidable de obtener la amistad y la confianza del Dr. Betances, uno de los patriotas más esclarecidos que han producido las Antillas españolas y hombre de cualidades superiores reconocidas.

El Dr. Betances me consultó repetidas veces sobre los asuntos de Cuba en su carácter de Delegado de la Junta Revolucionaria, no obstante el retiro y retraimiento en que yo vivía, y con aquella dulce persuasión de su carácter apostólico llegó á asociarme confidencialmente á muchas de sus labores hasta el extremo de llamarme su secretario íntimo.

Una mañana se presentó muy agitado en mi habitación diciéndome lleno de entusiasmo:

—¡Victoria!... España, nos pide la paz.

En pocas palabras me enteró luego de la situación. Dos de los comisionados enviados á París, desde Madrid, para colocar los títulos ó valores conocidos con el nombre de «Cubas» le habían visitado proponiéndole soluciones en la cuestión de Cuba y afirmándole que lo hacían debidamente autorizados. El, el integérrimo Dr. Betances, se había negado á oírles, á no ser que las proposiciones tuviesen por base el reconocimiento de la Independencia de Cuba, según prescribía la Constitución Revolucionaria.

—Ha hecho usted mal, le dije cuando me pidió opinión; hay que poner puente de plata al enemigo que se retira: oír por lo menos; tomar copia de lo que traigan; penetrarse de su carácter y comisión, de lo que pretenden y exponerles lo que resueltamente se quiere.

Betances comprendió bien pronto el alcance de mi indicación y deliberamos largamente.

Como resultado de lo que hablamos, recibí de nuevo en su despacho de la *Rue Chateaudun* á uno de los enviados—D. Adolfo de

León—y le hizo presente que *ante todo* debían presentarse y *cambiarse credenciales* y que sin perjuicio de mantener el principio de la Constitución Revolucionaria y presentarle por su parte formas bajo las cuales pudiese cumplirse ese precepto y discutir bases de paz, no se negaba á enterarse de las que el Comisionado traía, por mera atención personal, pero sin contraer el compromiso de comunicárlas en su carácter oficial á la Delegación Revolucionaria de New York, de quien dependía (1).

En esa segunda entrevista convinieron León y Betances pedir las necesarias credenciales para acreditar su carácter respectivo: el primero ofreció que las reclamara de Madrid y el Doctor telegrafió al Sr. Tomás Estrada Palma reclamando su nombramiento oficial de Delegado en París, que aun no se le había enviado oficialmente y escribió al mismo señor Estrada Palma instruyéndole de estos hechos.

Betances indicó al pretense enviado que en breves días le daría un proyecto de bases ó formas que le hicieran posible,—á él, Delegado y fiel servidor de la Revolución—recibir proposiciones de paz y comunicárlas á su Gobierno sin infringir el artículo de la ley fundamental de la Revolución. Y por mera cortesía, al efecto de leerlo, sin comprometerse más que á leerlo, para satisfacer su curiosidad personal y corresponder á las instancias del Sr. Adolfo de León, tomó de él, manuscritas, y sin firma ni legalización alguna, los proyectos del tenor siguiente, de los que saque copia.

I

Enterado el Gobierno de S. M. la Reina Regente, primera parte contratante, representada por el Sr. D.....
..... en el modo y forma que acredita en documento adjunto de fecha
..... suscrito por
..... y de conformidad, se considera fehaciente para los efectos del presente convenio.

(1) Léase la Memoria del Partido Revolucionario de Puerto Rico Acta: página 165.—
Imprenta Howes, New York, 1898.

Y como segunda parte contratante la Junta Separatista de New York (Estados Unidos de la América del Norte) representada en París por el Sr. D. R. E. Betances, con plenos poderes de carácter general, se ha dicho, estipulado y escrito cuanto á continuación se expresa en los artículos siguientes:

Art. 1.º El Gobierno de S. M. la Reina Regente y la Junta Separatista inspirándose en el interés público; en el mutuo deseo de conseguir á plazo breve el fin de una lucha nociva para todos: queriendo ejercer acción provechosa en pro de los intereses generales, sien- do como primera base de acuerdo, la promesa recíproca de un armisticio celebrado en el momento mismo en que este convenio sea ratificado por las dos partes contratantes.

El armisticio se fechará conforme á las condiciones enunciadas en el acta adicional que va adjunta á este tratado de paz y avenimiento.

Art. 2.º La primera parte contratante se obliga, cambiadas que sean las ratificaciones ú organicen en virtud de una ley las nuevas relaciones de España y Cuba, definiéndolas al tenor de los artículos 3.º, 4.º y 5.º de este convenio.

Art. 3.º El Gobierno de S. M. la Reina Regente y la Junta Separatista convienen de mutuo acuerdo que á la Isla de Cuba, provincia española, se le concederá por ley hecha en Cortes y á título perpetuo é irrevocable, un fuero especial.

Un organismo administrativo y financiero será deliberado y acordado por las primeras cortes cubanas que sean convocadas, en virtud de la constitución política que otorgará á la Isla de Cuba el Gobierno de S. M. la Reina Regente cuando, hecho el cambio de las ratificaciones del presente convenio, sea completa y pueda darse por concluida la obra del restablecimiento de la paz.

El fuero especial concedido por la ley con arreglo á la obligación contraída por la primera parte contratante en el artículo 2.º de este convenio contendrá las bases de la Constitución política Cubana, cuyo fin y sentido interno han de ser la concesión del ejercicio de todos los derechos constitucionales á favor de los ciudadanos de la Isla de Cuba junto con la real y libre práctica del Gobierno directo y garantía de los derechos administrativos y gubernamentales formulados en leyes orgánicas deliberadas y votadas por los mismos cubanos.

Cuantas funciones en el organismo del Estado son inseparables del acto de gobernar y administrar serán de hoy más con arreglo á la ley constitucional, considerándolo como domi-

nio legal, propio y exclusivo de los cubanos. Pero la administración de la justicia, la dirección y trato de las relaciones exteriores, el mando de la fuerza pública pertenecerán exclusivamente á España y se considerarán como derechos inherentes á la soberanía, cuya enajenación no es lícita.

En consideración de sus derechos de la Soberanía, que vienen de ser enumerados, residirá en la Isla de Cuba;

Un Comisario Regio Civil ó Militar de Real nombramiento.

Las fuerzas de mar y tierra necesarias para el buen orden de la Isla y Gobierno interior así como para el cumplimiento de las órdenes del Gobierno efectivo cubano, dependerán del Comisario Regio.

Todos los nombramientos del poder judicial habrán de someterse á su aprobación. Las rentas públicas, incluso la renta de Aduanas, serán administradas por el Gobierno cubano. La Gobernación en el sentido más lato le competirá exclusivamente.

La Isla de Cuba no contribuirá á los gastos de la Nación Española, ni al reclutamiento de los ejércitos de mar y tierra.

Queda á cargo del Gobierno cubano el pago de la deuda existente de Aduanas y de otra cualquiera que se pactase con la restricción que se expresa respecto de la subvención especial en el artículo 5.º de este convenio.

El Gobierno cubano no tendrá representación cerca de Gobiernos extranjeros.

Los Códigos españoles regirán en la Isla de Cuba.

La justicia dictará sus fallos en nombre de S. M. la Reina Regente del Reino.

Art. 4.º Entre Cuba y España no existirán derechos arancelarios de Aduanas.

Las relaciones marítimas recíprocas serán consideradas por ambas como navegación de cabotaje.

Art. 5.º Para facilitar el servicio de la deuda cubana, el Gobierno de S. M. la Reina Regente acepta el principio de una subvención dividida en diez anualidades cuya importancia será determinada por convenio especial.

De igual modo se pactará el reembolso de esta subvención mediante una forma de reintegro que se escalonará en cierto número de anualidades.

Art. 6.º Desde esta fecha se ha concedido á la Junta Separatista un plazo de veinte días por razón de la distancia para la ratificación de este convenio.

París, en doble espedición, etc.

Raimundo Cabrera.

(Se continuará).

CINTARÁZOS

1.º de Mayo:

La fiesta del Trabajo y tal.

El obrero pacífico merienda, toma su té, etc., como dice *El Imparcial*.

Buen provecho le haga. Parece ser que la primera vez que se celebró la huelga del 1.º de Mayo hubo mucho miedo entre las clases pudientes y directoras.

Pero no ocurrió nada.

Ni ocurre todavía.

Ni ocurrirá.

El clero está satisfecho. Como que de diez años á la fecha ha conseguido *la mar* de gangas; entre ellas la de tener en las futuras cortes un par de representantes.

En Francia, en cambio, todo el ministerio es socialista. Y los obreros no andan tan satisfechos como aquí.

¡Pero nosotros somos de buen conformar. Y tenemos la paciencia por virtud santa. Con ella se gana... el cielo, y el *fine o'clock tea*.

* * *

¡Dos de Mayo!

Se conmemora la gran carnicería de madrileños realizada por el mariscal de Murat el año 8 del pasado siglo.

España, dormida con su indolencia peculiar, entregada á los frailes, se dejó engañar una vez más por Napoleón (auxiliado, es verdad, por nuestros amados príncipes). Las tropas imperiales llegan hasta la corte, y cuando nos enteramos ya es tarde. Surgen los héroes y los mártires. La degollina es espantosa: el pueblo de Madrid perece entero en aquella jornada.

Y no ha vuelto á resucitar.

Siete años de guerra, Napoleón empieza á ver la suerte de espaldas. Los desaciertos en Rusia. Europa entera cansada de combates y matanzas. Nosotros, al fin, recobramos nuestra independencia y recuperamos... nuestro Fernando VII.

Ya libres, nos damos á conmemorar frenéticamente el dos de Mayo. Y á seguir tan dormidos, tan desprevenidos y atrasados como entonces.

Pero, eso sí; todos los años por esta época sacamos en procesión los niños del Hospicio, los inválidos, y detrás el bizarro ejército con sus cañones viejos, sus oficiales ignorantes y sus generales ineptos.

Con ello conseguimos que este pobre pueblo sentimental siga creyendo en la eficacia de los heroísmos tardíos, en la leyenda de nuestra pasada grandeza y en la ayuda de Santiago para ganar batallas perdidas.

* * *

En estos días, por colmo de males, se exhuman las fanfarronas literaturas quintanescas, aquellas odas que parecen discursos á las Cortes de Cádiz, las arrogancias del buen D. Nicasio Gallego y hasta las ramplonas y agresivas décimas de López García. De donde nos vienen por línea recta los Ferraris, Cavestany, Grilos y Núñez de Arce; toda, en fin, la batería de pistón altisonante y hueca.

Yo propondría que figurasen también ellos en la procesión del Dos de Mayo. En clase de inválidos; cantando aquello de
quien sabe morir sabe ser libre (1)
 ú otra de estas novedades.

*
 * *

El ministro de instrucción pública ha puesto en circulación un pan de lujo, el cual comenzó á ocasionar un conflicto, que luego no ha resultado conflicto.

Vamos como las reformas de la enseñanza, que luego no han resultado reformas... sino un pan como unas hostias.

(1) Núñez de Arce. *Ultima lamentación de Lord Byron.*

Mercutio.

De mala raza.

POESÍA POPULAR

Gitana, gitana,
 qué vas por la tierra;
 siempre caminando de un lugar á otro
 con el hijo acuestas.
 Por ser de tu raza,
 todos te desprecian;
 los derechos que todos tenemos
 atí te los niegan.
 Todos te persiguen;
 nadie te consuela;
 inhospitalaria para tí es la corte,
 para tí es la aldea.
 ¡Qué suerte la tuya,
 que suerte tan negra;
 mucho más que tu cara y tu pelo
 es la malaventura que llevas!

No me digas nada
 de lo que me espera,
 que, sin ser gitano, también he sabido
 lo que son tus penas.
 Huirme la gente;
 no escuchar mis quejas;
 caminar sin hogar y sin rumbo,
 de noche y sin senda.
 Pide á Dios del cielo,
 con el alma entera,
 que de tus hermanos se acuerden los hombres
 como Cristo ordena,
 Mira como vives,
 y lo que le espera
 á aquel gitano que tu echaste al mundo
 y llevas á cuestras.

Enrique Paradas.

Triste herencia.

Esto hace unos cuantos meses. Sorolla, Castrovido, Blasco Ibáñez y el modesto autor de este artículo, sentábanse á la espléndida mesa del simpático concejal valenciano Garrido Iban desfilando ante nuestra sorprendida vista los más deleitosos frutos del Mediterráneo azul. Hombre como es Garrido de exquisito gusto, tan cuidadoso de su biblioteca como de su cocina, había mandado de avanzadas al Grao á sus fieles proveedores. Como exquisito *aquarium*, sorprendido en las profundidades del mar, presentóse ante nuestra vista montón de pescados que envidiaran Lúculo, Diómedes y aquellos bondadosos tiranos que alimentaban á sus murenas con carne de esclavos. Los purpurinos salmonetes, nadando en la salsa de color acre, precedieron al langostino de aporcelanados tonos; majestuoso, con su coraza de plata, presentóse luego el *tiobarro*. Había juramento de no presentar en aquella fantástica mesa plato alguno que no fuera de pescado. Y tocado por la varita mágica del anfitrión, desfiló ante nosotros después la fastuosa corte de los mariscos. Los había de carmín, de oro, de aterciopeladas carnes. Era una paleta espléndida que arrancaba comparaciones pictóricas á Sorolla. Hablóse del color, del tono, del arte ideal, de la pintura histórica, de Fra Angélico y de Salmerón, de Zola y de Miguel Angel... Hubo discursos, frases, interrupciones, arrebatos líricos, bocetos de cuadros, proyectos de libros, de discursos, de revoluciones, de periódicos, de rotativas, de viajes. Queríamos en un instante llevar el fuego de nuestro entusiasmo á la decaída España, inundarla de literatos, de pintores, de artistas, de libros, de periódicos. Discutiáse el socialismo, el simbolismo, el misticismo, los cuadros primitivos, dulces como la oración en colores, y el lienzo revolucionario moderno, preñado de ideas, de indignaciones, de arenas guerreras, de arrebatados ensueños de lo porvenir.

La bohemia artística puesta en mangas de camisa, lanzaba á la inmortalidad de un comedor casero sus antipatías, sus anhelos, sus entusiasmos. Leoncavallo y Puccini hubieran podido escribir la música de aquellas escenas habladas.

Nuestra plática era interrumpida á veces por los pitos de las sirenas que anunciaban la entrada ó salida de vapores en el vecino puerto.

La dormida música de un acordeón somnoliento, tocado por marineros, repetía las notas de *Cavallería rusticana*... Sorolla nos hablaba de sus excursiones por el Cabañal, de aquellas marinas recargadas de azul en que aleteaban las blancas velas seguidas de blancos pájaros, de aquella vida al aire libre de los pilluelos marineros, traviesos como el *lazzaroni* de Nápoles, astuto cual el *muquizu* de la costa cantábrica. El gran pintor que mandó como embajador de Valencia al Museo de Luxemburgo su magnífico cuadro de la pesca del *bou*, soñaba con enviar á la Exposición Universal de París lienzos

que asombraran á Europa con los destellos del sol valenciano, con la majestad del colorido meridional... Yo le recordaba la profunda impresión que me causaba la vista de tal cuadro en París. Era un día de Otoño. La escarcha cubría con camisas de transparente seda las estatuas del jardín de Luxemburgo. Aquel mundo marmóreo de poetas y ninfas, de pintores y héroes, parecía estremecerse con los primeros fríos. Era un desabrigoado museo al aire libre, que pedía á gritos gabanes y capas.

Las salas del famoso Museo adquirían tonos sepulcrales á la luz triste del Otoño gris. Aquellas mujeres de Manet, sonrientes y falsas como placer barato, enviaban fríos besos entre las sombras; la famosa *bolera* de Sergent amarilleaba con tonos burgueses en el fondo de un salón obscuro; el gran cuadro de los trabajadores de Lermite con sus hermosos campos de dorado trigo, su cielo de esplendente azul, su perfume de fecundante beso, su color robusto en que parece sentirse el chasquido de las espigas al herirlas el sol de Agosto, su pasta espesa, incrustada en el lienzo con el sudor de los trabajadores campesinos, aparecíase como triste flor conservada entre las hojas de un libro viejo... De pronto, como si se levantara un esplendente sol en medio de un paisaje polar, en el fondo de una sala se dibujó el cuadro de Sorolla. El mar azul hirviendo de espuma y de luz, la hinchada vela, amarillenta como inmensa mitra, los toscos bueyes arrastrando lentamente la barca, los marineros forzudos quemados de luz y de marinas sales, el fondo del Cañabal con sus blancuras, sus alegrías, sus fiestas al aire libre alegradas por pájaros, cantos, gritos y blandos oleajes...

Yo admiraba á Sorolla desde que le conocí en su estudio de Asís, Sorolla me hablaba como pintor: desde aquel momento hablábame también como patriota. Recordaba que los críticos de París le habían proclamado desde el primer momento como gran artista, allí donde los Fortuny y los Munkasy lucharon años y más años por conseguir un puesto; venían á mi memoria los encomiásticos artículos que le dedicaron escritores adustos despreciadores de universales glorias ó periodistas famosos, sólo atentos al regalo ó al billete de Banco; pensaba, en fin, en aquel estallido de alegría, de fiesta que, conmovió á París entero cuando en el frío Salón de París se apareció la playa del Cabañal como decoración fantástica. La pintura francesa, cansada del polvo vil con que mancharon sus cuadros los pintores grises, buscaba luz y horizontes, como el tísico busca la salud y el sol la garra naturalista, marcada en la literatura por Zola y en la pintura por Manet y Coubert, que á poco iba desprendiéndose de los lienzos cruelmente pintados. La pintura impresionista y puntillista, cansada de menjerges y productos químicos, nada ó muy poco podía dar ya para fingir soles de laboratorio y campos de alquimista. La negra miseria social, fatigada de arrojar á la cara de los burgueses ricos modistas románticas, suicidas de color amarillo limón, obreros melancólicos y entierros míseros, refugiábase en los principiantes, enemigos de adquirir riquezas antes que gloria. El neomisticismo con sus exánimes santos

de papel mascado, sus paisajes cadavéricos y sus ángeles con ojos de hambre, parecía morir falto de jugo de colores, de carne y de sangre.

Paris entero preguntó entonces quién era aquel artista jovial que le traía un arte robusto y grande y le refrescaba con las auras de un porvenir fecundo en esperanzas.

Yo recordaba, sí, aquel salón en que Sorolla venció á los más famosos artistas: parecíame oír el nombre de Valencia paseado por la capital del mundo como bandera de triunfo.

Y veía ante mí á un muchacho vestido de blusa colosal, jornalero del arte, bohemio de la naturaleza, que se levantaba con el sol para robarle sus luces y arrancarle sus secretos, que corría las playas valencianas en compañía de pescadores y de pilluelos, sediento de escenas nuevas, ávido de estampar en lienzos el grandioso poema de los mares, donde tantas miserias se encierran y tantos acentos nuevos se escuchan al estallar las olas.

Sorolla nos hablaba de una escena que había presenciado pocos días antes en el Cabañal: el baño de los pobres, de los abandonados por la sociedad, esa espuma del placer y del vicio engendrado en las noches de orgía. Y hablábamos de la honda emoción que se apoderara de él al contemplar el cuadro de miseria horrible, los harapos sociales buscando limpieza y consuelo en el Jordán de las azules aguas.

Esta es la historia íntima del cuadro *Triste herencia*. Apenas lo adivinó el gran artista en sus paseos por la playa del Cabañal, quiso inmediatamente trazarlo y darle vida con el color... Hay cuadros fáciles, vulgaridades pintadas. Todo el mundo sabe escribir redondillas en los *álbums* de la novia, ó garrapatear en el abanico de la señorita cursi un soneto goteando lágrimas. Todos los españoles, según manda la Constitución, son justos, benéficos, y han pintado además una manchita asesina ó trazado con el carbón la cabezota de un guerrero ó el perfil de un anciano académico de largas barbas. La mayoría de nuestros pintores apenas han salido del cascarón en punto á novedades artísticas. Aquel insigne anarquista del pincel llamado D. Francisco de Goya, echó en el anémico cuerpo de nuestra pintura jeringazos de una morfina, que si la dió excesiva vida por el momento, le trajo más pronto la muerte. Nos pasamos medio siglo pintando Boabdiles de cimitarra y batín verde, Carlos V en Yuste, con barbas de pizarroso color y coro de frailes berrendos en negro; reyes godos vestidos de mascarones de Carnaval, santos y santas con nimbos y coronas del color del cerato simple, sultanas coloraditas como sorbete de fresa y pajecicos venecianos dignos de las cartillas de Ribot. Como accionistas de la Funeraria, se tiraron nuestros pintores sobre el féretro de la desventurada D.^a Juana la Loca, y cual ladrones sacrílegos arrojáronse sobre los plateados candelabros del desdichado cuadro de Pradilla.